

perdió rápidamente la fortuna, y estaba empleado en la inspeccion de fábricas de Ruan.

Al regreso de su viage halló en él á un amigo. Su gravedad, sus luces, y sus hábitos, consagrados enteramente al estudio, *hacian que lo considerase, por decirlo así, sin sexo*, ó como un filósofo que solo existia por la razon. Establecióse entre ellos una cierta intimidad, y él hallaba tal satisfaccion en su compañía, que gradualmente contrajo una necesidad de visitarla con mas frecuencia. Empero hasta pasados cinco años no le declaró su pasion, á la que no fué ella insensible porque era la persona que mas apreciaba de cuantas habia conocido; mas tuvo bastante franqueza para decirle que, al paso que se juzgaba muy honrada y correspondia con gusto á sus instancias, creía no ser buen partido para él porque las disipaciones de su padre la dejaron arruinada, no habiendo podido salvar del naufragio mas que la módica renta de 500 francos; que su padre era aun demasiado jóven; que sus yerros podian acarrearle deudas que si despues no podia satisfacer redundarian en su deshonra: que se esponia á hacer un mal casamiento, y añadir á tantos males una prole que llevaría su nombre en la indigencia; que ella tenia mucho pundonor para esponerse á la maledicencia de una familia que no se juzgaria honrada con su alianza ó á la generosidad de un esposo á quien tal vez no daria mas que pesares; en una palabra, aconsejóle que no se acordase de ella: pero él insistió y logró persuadirla, accediendo ya á que diese los pasos necesarios para con su padre. Desde aquel entonces se vieron todos los días; acostumbrose ella á mirarle como al mortal con quien habia de partir su suerte, y le puso cariño; pero su padre, bien sea por no rendir cuentas, ó que le disgustase la aspereza de Rolland, ó bien por no tener un censor tan rígido, le desechó con dureza y hasta con impertinencia.

Ya ella no vaciló mas: dejó á su padre la parte de joyería que le pertenecia para pagar algunas deudas urgentes, y retiróse en el convento de la Congregacion, donde hizo propósito de vivir con su módica renta. Empezó á poner en práctica los medios que tiene toda alma fuerte, alimentándose solo

de patatas, arroz, y habichuelas, empleando el tiempo parte en algunas visitas y parte en el estudio que fortalecia su alma contra la adversidad, y vengándose de la fortuna con hacer méritos para la felicidad que ella le negaba. Sus tesoros eran la resignacion de un espíritu recto, la paz de una buena conciencia, la elevacion de un carácter que desafía á la desgracia, los hábitos de aplicacion que tan blandamente hacen pasar las horas, y el gusto delicado de un alma sana, que halla en el sentimiento de la existencia y en el de su propia fortaleza medios de compensacion desconocidos al vulgo. Esta vida no la dejaba enteramente libre de melancolía, pero tampoco carecia de encantos; y ella decia: «si no puedo llamarme *feliz* en el sentido que entiende el mundo, yo en mí poseo todo lo necesario para serlo.»

No menos acongojado que sorprendido, escribióla Rolland cartas llenas de amor; pero no volvió á verla hasta pasados seis meses, y *enardecióse al encontrarla radiante de lozanía en una vida que le parecia tan triste*. Quiso sacarla de aquella clausura, y volvió á ofrecerle su mano. Los seis meses que habia tardado Rolland en presentarse para hacerla mudar de resolucion habian reducido los sentimientos de la que amaba á un estado *que nada tenia de ilusion, antes la habian enfriado*. Consideró ella por otra parte que aquel empeño bien meditado la aseguraba de su aprecio, y la daba al propio tiempo una prueba de estimacion que no tenia por difícil justificar. Finalmente, si el matrimonio, cual ella juzgaba, era un vínculo severo, una asociacion en que la muger toma á su cargo la felicidad de dos individuos; *¿no valia mas ejercer sus facultades y su valor en este honroso estado, que en la soledad en que vivia?* En suma, da la mano de esposa á Rolland, *esto es, á un verdadero hombre de bien, que la amó cada dia mas cuanto mas la conoció*. «Casada con el pleno de la seria razon, dice ella, nada encontré que de ahí me separase, y me entregué con mas entusiasmo que especulacion.» Pronto conoció, sin embargo, que el ascendiente de un carácter dominador, unido á una edad de veinte años mas que ella, *hacia que estuviese de sobras una de estas superioridades*. «Si vivíamos en la soledad, añade, tenia que pasar muchas

horas de fastidio, y en el mundo me veía apreciada por sujetos entre quienes observaba algunos que tal vez me hubieran harto interesado.»

Pasaron en Paris el primer año de matrimonio. Habia Rolland tomado á su cargo una parte considerable de la Enciclopedia, y al mismo tiempo ponía en limpio sus manuscritos sobre la Italia. Su muger le servía de secretario y corrector de pruebas con indecible humildad, sin que se atreviese á contrariarle por lo muy aferrado que era en sus opiniones; *nada le daba á ella tanto cuidado como el ver en su rostro la mas leve sombra de disgusto.* En seguida pasaron cuatro años en Amiens, donde fué madre y nodriza, sin cesar por ello de participar del trabajo de su marido. Vióse este aquejado de frecuentes enfermedades que le inspiraron á ella serias inquietudes; y los mismos cuidados y el cariño que en estos casos le prodigára, sirvieron para acrecentar el apego que le tenia. Mas cuando manifestó el heroismo del amor maternal fué en una enfermedad que le redujo á punto de no poder criar á su hija, cuyo deber quiso cumplir aun con riesgo de su vida: habiéndosele cortado la leche, presintió con instinto de madre, no obstante el parecer contrario de todos los médicos, que conseguiria atraerla de nuevo á los manantiales de donde se habia desviado; arrostra los mas acerbos dolores y los peligros mas inminentes, y ve por fin coronados sus esfuerzos con el éxito anhelado. Describe ella todos sus pormenores en un trozo del mayor interés, titulado: *Aviso á mi hija*, que ha publicado M. Champagneux, y en que se hallan consejos mas preciosos que en todos los libros de medicina acerca el modo de cuidar á los niños, y las perspicaces observaciones sobre las necesidades que pueden indicar sus gritos, sus movimientos y sus pequeñas gesticulaciones: cuyo lenguaje no se estudia lo suficiente, é interpreta madama Rolland con maravilloso acierto.

Habian contraido los esposos Rolland grande intimidad con el sabio M. Bosc, hombre generoso que rindió á la amistad el mas ferviente culto, y justificó el elevado concepto que de la suya habia formado madama Rolland, siguiendo con peligro de su cabeza hasta el pie del cadalso el carro que mas

tarde condujo al suplicio á esta muger desventurada, cual si hubiese querido participar de los horrores de su muerte, ya que participára de las prosperidades de su vida.

La correspondencia de madama Rolland con este amigo nos servirá para llenar la laguna que deja la referida en sus Memorias correspondiente al período á que hemos llegado.

Hallámosla en 1783 en casa de su amiga Sofia Canet, que tambien estaba recién casada, viviendo juntas en una casa de campo, desde donde escribe ella á M. Bosc. «Paséome por toda la hacienda, cuento los pollos, cogemos las frutas de la huerta, y decimos que todo esto bien merece tanta gravedad como la que se emplea en sentarse junto á los verdes tapetes, ocuparse de los adornos con que debe una recamarse para irse á fastidiar en una tertulia, etc. En medio de todo esto, tengo muchas ganas de regresar á Amiens, porque aquí no estoy mas que á medias, y es muy triste hallarse una lejos del palomar; en una palabra, estoy aburrida, y á pesar del gusto que me da cuanto me rodea, del atractivo que tienen para mí estas menudencias del campo, y de la ternura que siempre suscita el cuadro de la sencilla naturaleza, siéntome no obstante aletargar y *embrutecer*. Por otra parte, como las mugeres somos tan variables como el aire que respiramos, escribo ahora segun la impulsión del momento, y nada tendria de extraño que si hubiese aguardado á mañana á escribir esta carta, fuese animada y divertida.»

Hablóle otra vez de sus queridas ocupaciones campestres en estos términos: «Hace ya un mes que apenas tomo la pluma, y sospecho que voy cogiendo algunas inclinaciones del animal cuya leche me fortifica. Asneo de lo mejor, y ocúpome de todas las frioleras de la vida lechona del campo. Estoy preparando peras secas que han de ser delicadas, y tambien secamos uvas y ciruelas. Aquí se hacen legías, se remienda la ropa blanca, se almuerza con vino blanco, se duerme sobre la yerba para cocerlo, vamos tras los vendimiadores, descansamos en el bosque ó en los prados, cogemos nueces y demas frutas de invierno y las estendemos en los graneros. Adios, pues se trata de almorzar y de ir todos á coger almendras.»

Con qué gracia describe en otra carta los primeros frios del otoño! «Ahora hace lo que por acá llaman cierzo, y yo me caliento como si estuviéramos á Navidad; apenas se ve en los campos la pequeña verónica y la anagálida. En los setos no hay mas que violetas y primaveras entreabiertas en medio de sus hojas....»

Hácele en otra carta una graciosa descripción de su natural variable. «Voy á transmitirle á Vd. mi barómetro ajustado en el mismo clima. Cuando estoy en el campo todo lo disimulo: así pues, siempre que me sepa Vd. en él, le es á Vd. permitido mostrarse tal como se halle en el acto en que me escriba; original, regañon, vinagroso si es menester, para todo alcanza mi indulgencia, y mi amistad sabe tolerar allí todos los aspectos y conformarse con todos los tonos. En Lyon me burlo de todo; la sociedad me da buen humor, mi imaginación se aguza, y si va Vd. á estimularla se espone Vd. á sus repentes, sin que le dejase á Vd. soltar una chanza que no se la devolviera, y aun mucho mas mordaz. Mas en Villefranche todo lo peso, y hasta regaño yo también algunas veces: soy circunspecta y aplicada, y las cosas producen en mí una impresión que no puedo disimular. Allí ratiocino, siendo así que percibo con la misma viveza que en cualquiera otra parte...» Y mas allá dice: «Ya no sé de Lineo mas que unas veinte frases para el servicio de la cocina ó de la medicina, y mucho me temo que nuestra antigua amistad no halle ya medios de relacionarse sobre este particular (Bosc era un célebre botánico). Pero para renovarla, le hablaré á Vd. de mi hija, á quien quiere Vd. mucho porque me hace enfadar. En esta parte nada ha desmerecido para que Vd. le conserve todo su afecto, si bien tengo muchas esperanzas de que no siempre será lo mismo; pues ya empieza á temer que la riñan casi tanto como el pan seco; la alabanza le gusta tal vez mas que el comer un trozo de azúcar, y aun prefiere mas verse acariciada que jugar con su muñeca.... Es muy aficionada á escribir y bailar, porque estos ejercicios no le cansan la cabeza; la lectura la divierte cuando no tiene otra cosa en que ocuparse, y no puede sufrir sino las historias cuyo final puede verse en media hora; la música algunas veces la hace bos-

tezar, porque para ella es preciso que la mente trabaje, y por otra parte no es lo que mas le gusta; con todo hay tonos que le agradan, y despues de haber desollado un aria de los *Trois Fermiers*, no deja de quedarse tan satisfecha de sí misma, y de repetir cinco ó seis veces las tres ó cuatro notas que mas le han gustado. Le agrada un vestido muy blanco y lindos zapatitos guarnecidos de cintas de color de rosa; pero prefiriera aun mas correr y saltar en el campo que verse bien blanca y puesta en sociedad. Tiene extraordinaria tendencia á decir ó hacer lo contrario de lo que se le dice, porque halla gusto en obrar á su capricho; y esto lo lleva algunas veces hasta el extremo. Sus rubios cabellos van tomando diariamente un castaño mas obscuro. Cuando no está vivamente agitada es algo pálida; la vergüenza la hace poner á veces colorada, y cada vez que comete alguna travesura, se da prisa en descubrirmela. Es muy robusta, en lo que se asemeja mucho al temperamento de su padre, á quien tiene respeto, aunque juega mucho con él, y me suplica por favor que no le descubra sus travesuras. A mí me teme menos que á él, y á veces hasta me habla con harta libertad; pero como soy su confidente en todas cosas, vése sumamente apurada cuando estamos reñidas, porque ya no sabe á quien pedir sus diversiones y comunicar sus locuras.»

Hacia el año de 1784 hicieron madama Rolland y su marido un viage á Inglaterra, de cuyo pais escribió ella una relación muy interesante que dedicó á su hija; en este escrito se muestra muy parcial por aquel pais, del cual siempre mas fué admiradora. Vió allí al sofista Linguet, con quien comió, y cuya existencia en Londres nos dió ella á conocer, citando algunas particularidades suyas muy originales.

Tres años despues visitaron la Suiza, cuyo pais de montañas y libertad describe igualmente su pluma en páginas llenas á las veces de naturalidad, colorido y elocuencia. «Ya no es Ginebra como en el tiempo en que decia Voltaire que la ciudad de Calvino se habia transformado en la ciudad de Sócrates, cuya población se componia toda de sabios: el activo é industrioso pueblo no es mas que una mezcla de mercaderes y operarios, entre quienes tan solo la fortuna establece cate-

gorías; los gefes se han hebo aristócratas, que hoy son señores y mañana serán opresores, y se ocupan en acelerar la corrupcion que tan bien les ha servido para sujetar á sus conciudadanos; la constitucion de Ginebra no presenta ya á la vista del filósofo la feliz combinacion de los poderes que sostiene la igualdad, eleva las almas, origina la vigilancia, escita la emulacion y conserva las buenas costumbres. El comercio que vivifica á Ginebra y la enriquece, lucha sin cesar contra la autoridad republicana, y diariamente la va ofuscando. Un estado á la vez democrático y mercantil es una contradiccion moral cuya existencia no puede durar mucho tiempo. Felizmente aun sucede que la mayor parte de los impuestos no pesan sino sobre los ricos: ¡ojalá dure mucho tiempo este sano sistema! (1)»

En este viage hace madama Rolland un brillante elogio de la ciudad de Zurich y del célebre Lawater que allí encontró: llaman su atencion las instituciones republicanas de dicha ciudad, y hace curiosas observaciones acerca las modificaciones que sufren las leyes suntuarias segun el grado de lujo que tiene cada ciudad. Sus noticias van siempre interpoladas con pequeños episodios divertidos ingeniosos y variados, de suerte que hay pocos viages cuya lectura presente tantos atracti-

(1) Relativamente á la intervencion de las potencias combinadas de Francia, Saboya y Berna, en las disensiones que se originaron entre el partido popular y la aristocracia de Ginebra, escribió madama Rolland á M. Bosc: «No sé si será V. del mismo parecer; hallo que estos pobres ginebrinos se han prestado muy mal, pareciéndome una cuadrilla de ciegos que espontáneamente se han entregado á discrecion de algunos traidores que los han vendido. No puedo disimular la indignacion que esto me ha causado hasta el extremo que la sangre me hierve en las venas; pues considero que Ginebra ya no era digna de la libertad, ó bien no tenia la mitad de la energía que se necesitaba para defender un bien tan precioso ó perecer en sus ruinas. Esto no ha hecho mas que acrecentar mi odio contra los opresores, cuya vecindad habia corrompido de antemano esta república para luego venirla á destruir.... Virtud y libertad, ya no se albergan sino en el pecho de un reducido número de hombres de bien. ¡Peste á lo demas, y á todos los tronos del mundo! Lo mismo diria á las barbas de los soberanos, por mas que se riesen de los dichos de una muger; pero juro que si yo me hubiese hallado en Ginebra, hubiéra perecido antes que ver como se reían de ello.

vos y en que brille tan elevado talento de observacion.

Hácia el mismo tiempo, á corta diferencia, y á la vuelta de aquel viage, murió el padre de madama Rolland, el que no le dió que sonrojarse cual creia, merced á una pension que le señaló cuando sus desórdenes le hubieron reducido á carecer de todo.

Retirada con su marido en Villefranche, generalato de Lyon, dedicóse madama Rolland apasionadamente, como á todo lo que emprendia, al estudio de los simples, y administraba remedios á todos los enfermos de la parroquia de Thesée; su casa parecia una botica de farmacia, y cobró tal reputacion en todo el pais por sus curas maravillosas, que de seis leguas en contorno venian á medicarse con ella. Mas tarde sacó á su marido de una terrible enfermedad, habiendo pasado quince dias á su lado, sin dormir ni desnudarse, y seis meses en la inquietud y zozobra de una peligrosa convalescencia, sin que ni siquiera se sintiese indispuesta, *en tanto puede el ánimo dar fortaleza y aumentar la actividad.*

Acababa Rolland de restablecerse cuando estalló la revolucion cuya aurora saludaron con entusiasmo él y su esposa: «Amigos de la humanidad, idólatras de la libertad, creímos que venia á regenerar la especie y destruir la denigrante miseria de la clase infeliz que tantas veces nos enterneciera, y la acogimos con delirio!» Fueron de los primeros que asistieron á la fiesta de la federacion que se celebró en Lyon el dia 30 de mayo de 1790, á cuyo objeto se reunieron en el hermoso muelle del Ródano sesenta mil hombres armados y uniformados, llenos todos de admirable entusiasmo, en presencia de doscientos mil espectadores. Madama Rolland redactó un artículo lleno de energía en el *Correo de Lyon*, que á la sazón publicaba M. Champagneux, de cuyo correspondiente número se espendieron mas de sesenta mil ejemplares, prueba de la grande aceptacion que mereció; cuyo triunfo, debido á la elocuencia de su pluma, fué tanto mas grato para ella por cuanto guardó el anónimo.

Habiendo sido nombrado Rolland miembro de la municipalidad de Lyon de primera formacion distinguióse por su inflexible rigidez, y fué elegido diputado en representacion de los

intereses de la ciudad ante la asamblea constituyente. Trasládaronse á Paris con su esposa, donde se relacionaron con los principales fundadores de la libertad. Rolland tenia por mision solicitar socorros para la ciudad de Lyon, cuya deuda ascendia á cuarenta millones (1). «Yo habia observado, dice madama Rolland, la marcha de la revolucion y los trabajos de la asamblea, y estudiado los alcances de los principales miembros, todo con un interés difícil de calcular; y que no puede debidamente apreciarse sin conocer el temple y la actividad de mi alma.»

Antes de seguirla á Paris, recorramos rápidamente una correspondencia que entabló con M. Bancal des Issarts, con quien puso en relaciones á los dos esposos su íntimo amigo Lanthènas. Esta correspondencia, que fué publicada en Paris en 1835, nos pone de manifiesto los progresos de las ideas de madama Rolland acerca la revolucion, hasta el dia en que fué á saludarla á la capital; cuya época importante de su vida se echa menos en las Memorias que ella misma escribió.

Penetrada de admiracion por el alzamiento de la conciencia de un pueblo contra doce siglos de abusos, engaños y falsas creencias, cuyas tinieblas le ofuscaban así como esas enormes montañas que desde el origen del mundo tienen aplastado al formidable gigante de quien basta un resuello de vez en cuando para conmoverlas, entrégase madama Rolland contoda su alma al inmenso pensamiento que preocupa al siglo. En 22 de junio de 1790 escribe lo siguiente: «No quiso el cielo que yo presenciara ninguna de las grandes escenas de que Paris ha sido teatro, y que tanto me hubieran enagenado! Empero he procurado indemnizarme lanzándome con transporte á todos los sentimientos que ellos han debido inflamar en los pechos nobles. Recuerdo con enternecimiento aquellos momentos de mi niñez en que, sola y retirada, nutria mi alma con el estudio de la historia antigua, y lloraba de indignacion por no haber nacido espartana ó romana. Ya nada tengo que envidiar á las antiguas repúblicas, porque ya

(1) M. Champagneux dice treinta y tres. (*Discurso preliminar*, pág. 26.)

brilla entre nosotros un dia aun mas sereno: la filosofia ha difundido el conocimiento de los derechos y deberes del hombre. Seremos ciudadanos sin ser enemigos de los desgraciados que no pueden participar de los beneficios de nuestra patria. (Vide pág. 8)» En 18 de julio siguiente habla de este modo de la fiesta de la federacion. «¡Quiera Dios que este aniversario memorable haya elevado á los franceses hasta su alto destino, marcado con baldon todas las reliquias de la tiranía, é inflamado todos los corazones con el fuego sagrado de la libertad, sin la cual no puede haber virtud ni felicidad! (1) Por lo que á nosotros toca, nos hemos hecho colonos, y dedicamos á las tareas agrarias la actividad que empleábamos en cálculos de política. Este pais es muy áustero (Villefranche) y ofrece un retiro al sabio que busca una felicidad severa y una morada halagüena mas bien en su conciencia que en lo que le rodea (2).»

No tarda en manifestar sus temores acerca los planes de la corte, quejándose de Necker y de la *horrible bancarota en que amenaza sumir á la nacion*, y hablando de la necesidad de una publicacion en que se hiciesen reflexiones sobre los asuntos á que debiera dedicarse la asamblea (3).

«Al ponernos en el mundo en la época de la libertad naciente, escribe en agosto de 1790, nos ha colocado la suerte como á los soldados de vanguardia de un ejército, que deben pelear por él y asegurarle el triunfo: así debemos nosotros desempeñar bien nuestro encargo y preparar la dicha de las venideras generaciones (4). Por mas que se haga, amigo mio, no puede ya restablecerse la tiranía; su férreo trono está ya socavado en toda Europa, y los esfuerzos de los potentados solo servirán para acelerar su ruina. ¡Caiga, pues, aun cuando debamos morir bajo sus ruinas! Otra generacion se levantará para gozar de la libertad que nosotros la habremos asegurado y bendecir nuestros esfuerzos» (5).

(1) *Idem*, pág. 18.

(2) *Idem*, pág. 9 y 10.

(3) *Idem*, pág. 26 y 27.

(4) *Idem*, pág. 59.

(5) Pág. 62.

Vuelve otra vez en sus zozobras y desconfianzas, y escribe: «No faltan Cicerones que salvarian á la república para alabarse de ello; pero pocos Catones se ven que la salvasen por lo que ella es (1).»

Luego se declara decididamente por el partido de la Montaña. Bancal des Issarts le habia explicado una subida que habia hecho al Puy de Dome, y habie comparado *las borrascas y los rayos que se encuentran á cierta altura con los que amagaban en la penosa carrera ascendiente á los amigos de la libertad*. Y ella contesta: «La soberbia montaña que V. me describe, es la imágen de la que suben en último término las grandes almas en medio de las agitaciones políticas y los vaivenes de las pasiones» (2).

«No tengo mas anhelo ni aliento, escribe á fin de agosto de 1790, sino por el triunfo de las grandes verdades y el buen éxito de nuestra regeneracion. ¡Dios mio! qué débiles somos aun para la libertad, y cuán pocos veo que conozcan todo lo que vale! Hé aquí el momento en que los escritores patriotas debieran denunciar á los miembros corrompidos que con su hipocresía y sus manejos venden la voluntad y comprometen los intereses de sus comitentes. Brissot parece que duerme; Loustalot está muerto; y ¿donde está la energia del pueblo?... Brama la tempestad, aparecen los pícaros, el infame partido triunfa, y se echa en olvido que la insurreccion es el deber mas sagrado cuando pelagra la salud de la patria!... Pronto no habrá mas que llorar sobre la tumba de la libertad, si no hay quien perezca por ella....» Y luego añade: «Haced que se decrete de una vez el modo de responsabilidad de los ministros, y se enfrente al poder ejecutivo Cien mil austríacos se reunen en las fronteras; los belgas están derrotados; desaparecen nuestros caudales sin saber como; págase á los príncipes y fugitivos que con nuestra plata forjan armas para someternos.... ¿Decís que ya no hay quien se atreva á hablar? está bien, tronar es lo que convie-

(1) Pág. 89.

(2) *Idem*, pág. 99.

ne.... ¡Vive Dios! por mas que son Vds. parisienses, su vista no alcanza á dos pasos; les falta á Vds. nervio para dar impulso á la asamblea. No son nuestros representantes los que han hecho la revolucion; pues si se exceptuan una quincena, los demas no están á su alcance. Procuren Vds. consumir la obra, ó sino cuenten regarla con su sangre. Espero que de las secciones saldrán decisiones vigorosas; mas si burlan mi esperanza, juzgaré que ya no habrá mas que llorar sobre las ruinas de Cartago, y al paso que seguiré predicando por la libertad, desconfiaré de verla jamas asegurada en mi pais desventurado. ¡Y qué! sobre veinte y cinco millones de hombres, no hay treinta mil en estado de defensa!....»

En la carta del mes de octubre cobra algun aliento: «No es posible que la revolucion deje de completarse, pues los ataques que tratan de dirigirle sus enemigos no sirven sino para mas fortificarla. Supongo habrá V. visto con sentimiento la poca vigilancia de los déspotas de la asamblea en sostener la mocion contra los ministros; pero por otra parte parece que el bochorno de haber sido burlados ha despertado su vigor. Solo falta obtener esas malditas cuentas: paréceme que seria del caso hacer una esposicion muy enérgica en que se manifestase que la salud del imperio, el triunfo de la constitucion y de la confianza pública dependen del buen orden en la hacienda y de la determinada responsabilidad de los ministros; y se reclamase con teson y energia imponentes la formacion de ambos decretos. Una esposicion de esta clase, adoptada por una sociedad de amigos de la constitucion, circulada á todas las demas y presentada en su nombre á la asamblea nacional, pudiera producir muy buenos resultados (1).»

Volviendo á los afectos de familia, manifiesta ella en la siguiente carta gran sentimiento por tener que separarse de su querida Eudora para acompañarla al colegio. «¿No es sensible que conociendo tan bien los encantos y deberes de la maternidad haya una de privarse de su cargo mas grato?

(1) Pág. 103.